

Don Francisco Antonio de Echánove y Echánove

(1797-1895)

(Historia de un Caballero Seminarista de Vergara, enraizado en
las tierras de Burgos)

(Conclusión)

Como continuase sin ir a las sesiones, el Gobernador se cansó y le impuso 500 reales de multa. Pagó Echánove esta no pequeña sanción, pero molesto por ella, y sin saber ya qué replicar, remitió en diciembre de 1853 el correspondiente papel de pagos al Estado, añadiendo, muy picado, la futil y pueril observación de que en los oficios procedentes del Gobierno Civil se le trataba de «usted», siendo así que como *Inspector de Distrito de Caminos, Canales y Puertos, jubilado a los treinta y dos años de honrosos servicios tengo el tratamiento de Señoría*. Gestionó con amigos suyos en Madrid que se accediera a la solicitud que tenía presentada. Había aducido en ésta, además de su edad, el desempeño de otros cargos, como el de Vicepresidente de la Junta Provincial de Agricultura de Burgos y Vocal de la Comisión de Estadística. Por fin una Real orden de Gobernación de 31 de diciembre de 1859 vino a acceder a su solicitud, en atención a los 60 años cumplidos.

Aparte de haber intervenido el año 1857 como representante del Municipio burgalés en el Jurado Calificador de productos y ganados que se presentaron en un Concurso agrícola provincial, toda la labor de Echánove como Concejal de Burgos, se redujo a buscar modo legal de dejar de serlo.

Aquella importantísima concesión que por Real Cédula de 1831 hiciera el Estado a la empresa del Canal de Castilla para desecar la laguna de

la Nava, en Palencia, y explotar su terreno una vez saneado, fué rescindida diez años más tarde a petición de la empresa misma, sin que en tan largo tiempo se dieran por terminadas las obras. Las cuestiones continuas con los cinco pueblos colindantes determinaron el desistimiento. En 1864, don Sabino Herrero, de Valladolid, obtuvo la aprobación del proyecto de desagüe, declarado de utilidad pública. Una vez desecados los terrenos que la laguna ocupaba, tres partes serían para el concesionario y la cuarta para los pueblos. Tampoco Herrero llevó a cabo el proyecto y en 1867, Echánove, tuvo la valentía de subrogarse en todos los derechos y obligaciones de aquél, como así lo declaró una Real orden de julio del mismo año. Se encariñó hasta el delirio con el asunto. En su aspecto técnico constituía la desecación un conjunto de obras de ingeniería correspondientes a la especialidad que él tanto amaba, a la vez que conocía el terreno y el problema del desagüe y su realización, desde que treinta años antes trabaja ya como Ingeniero al servicio de la Empresa del Canal de Castilla cuando era ésta la concesionaria. Los constantes estudios de Echánove como Ingeniero le permitirían aplicar con buen éxito a la ejecución de obras tan complicadas todos los adelantos de la técnica. En el aspecto económico, teóricamente, parecía en el papel un buen negocio. La considerable superficie de terreno desecado que para él habría de quedar, permitiría una gran explotación agrícola moderna, que sobre ser el premio a su extraordinario esfuerzo económico y a su trabajo, constituiría, además, la realización conjunta y muy en grande de la doble actividad objeto siempre de su vida: la de ingeniería y la de agricultura. El aspecto social y elevado de la cuestión le entusiasmaba. Sanear una región pantanosa, librar a pueblos atrasados de males endémicos, poner en plan de cultivo racional extensa zona improductiva desde siglos... Ideales soñados en las aulas de Vergara... Y empezó con la mayor intensidad a ejecutar las obras que exigieron enormes desembolsos. Invirtió en ella cuanto tenía y aun asoció en el negocio a un acaudalado pariente suyo que residía en Francia. En corto tiempo el problema técnico quedaba en principio resuelto. Terminadas las obras, aprobáronse formalmente por una R. O. de 27 de mayo de 1871 y se le concedieron a Echánove los terrenos ofrecidos. Pero enseguida surgió el problema jurídico con todas sus complicaciones de hecho y todas las dilaciones inacabables de la administración de justicia y la burocracia españolas. Los cinco pueblos colindantes con la laguna, nunca acataron la concesión hecha por el Estado y sostuvieron siempre que el terreno desecado era suyo.

Y ¡les era tan fácil combatir prácticamente los derechos del concesionario!... Bastaba producir con el encubrimiento de la noche cualquier rotura en un malecón o abrir los límites de un cauce. El agua misma era entonces la más segura, silenciosa e incontenible aliada en el propósito. Al

día siguiente la denuncia de inundación en zona más o menos extensa, manifestaría el insuficiente cumplimiento de la obligación primordial impuesta al concesionario. El problema de guardería en un perímetro tan enorme resultaba insoluble. Las obras de desagüe exigieron una difícil conservación constante. Y además de esto, pleitos, expedientes, incidencias y reclamaciones sin fin. En 1875 ya estaba el asunto de la discutida concesión de la Nava en el Consejo de Estado. Treinta años después aún seguían los asuntos litigiosos. El negocio de la desecación se convirtió en montañas de papel sellado. Hasta tuvo la cuestión en algunas ocasiones estado parlamentario. Y mientras tanto Echánove, enlazando sus elevados propósitos con fervidos estudios para la proyectada explotación. Con precisión analizaba la cuenca de cultivo. De naturaleza arcilloso-calizo-silíceo, la acumulación sobre ella de tierras limosas arrastradas, la de los juncales producidos por la misma laguna y la deyecciones de tantos ganados como allí habían pastado durante las épocas anuales de sequía, formaban una capa laborable que a su juicio constituiría el terreno más feraz y privilegiado de Castilla. Minuciosos eran sus cálculos sobre el ganado, maquinaria y gastos todos que la explotación exigiría... Su ilusionado optimismo no le permitía ver los imponderables obstáculos de la realidad y murió treinta años después de obtener la concesión sin desengañarse. Fué un caso asombroso la tenacidad en la defensa de lo que creía su derecho y en querer llevar a la práctica, enfrentándose valientemente con todos los obstáculos, el elevado proyecto originario de grandes beneficios sociales... Una aventura más de Don Quijote.

Desempeñaba en Septiembre de 1876 la Dirección General de Agricultura Don José Cárdenas.

No le conocía Echánove, pero estimó acertadas algunas medidas que desde su alto puesto tomó aquél. Y satisfecho por ello, viéndole con preocupaciones en interés del campo no sentidas por sus antecesores, animose a dirigir a dicha autoridad una exposición razonada en la cual le estimulaba a que continuase la obra de regenerar la agricultura y concretaba importantes conclusiones. Es documento curioso y breve por las importantes cuestiones que comprende y la elevación de tono con que las trata. «Un español del siglo XVIII, ex-funcionario público desde 1875, y por su desgracia hasta ahora, apasionado por la agricultura, que constituye sus cursos, en el atrasado y árido país de Campos, se dirige a V. S. I. . . . dignese pasar la vista por este papel, mal ordenado, en el que pretendo presentarle los remedios de una de las causas que contribuyen al estado de pobreza del país de Campos... Hace nueve años sufre pérdidas comple-



D. Francisco Antonio de Echánove y Echánove,
ya octogenario

(Retrato al carbón por su hijo político D. Juan Antonio Cortés)

»tas de cosechas por la falta absoluta de lluvias... El mal se hace cada día
»más persistente y es de necesidad atenuarlo, cuando no es posible reme-
»diarlo en una de las causas que lo producen». Y determina ésta. Describe
la topografía de la cuenca del río Duero, para él tan conocida, y la calidad
y composición de los terrenos. «Estos páramos... han estado poblados en
»gran parte hasta mediados de este siglo de bosques de encinas, robles,
»enebros...; variedad de arbustos y hierbas prestaban frescura a la atmós-
»fera, alimento a gran número de ganados mayores y menores... En 1822
»albergaban venados y hoy no tienen un tomillo que pueda poner a cu-
»bierto una liebre; ví los venados...». Y después de tan rotunda afirmación
explica por qué desaparecieron los bosques y la funesta influencia de esta
pérdida determinante a su juicio —con otras concausas geográficas— de la
escasez de lluvias. Y él, hombre del Norte, que sentía, sin duda, la nostal-
gia de los valles verdes y húmedos del País Vascongado, analiza aquellos
campos de Castilla llenos de sol, muertos de sed... «Los páramos presentan
una superficie de bancos calizos y de greda blanca azulada...». Propugna
por una inmediata repoblación forestal. Pero conocía Echánove muy bien
las dificultades para conseguirla... «La lucha —escribía— que ha de soste-
nerse contra la rapacidad de los invasores de pastos y arbolados ha de ser
viva y constante, si no son protegidos éstos por una legislación especial y
clara, con penalidad fuerte. Será V. S. I. quien lleve a cabo las disposicio-
nes que reclama esta reforma, sin la que un país que pudiera ser el grano-
ro de España se convertirá en breve en un desierto...».

Reconoce naturalmente que, aun hecha la repoblación de arbolado,
sus efectos no podrán sentirse en menos de treinta años, y acuciaba a que
se adoptara solución urgente. «Lo era el que la Compañía de los Canales
de Castilla diese durante cierta época cada año, riego a los terrenos del
ramal de Campos con parte de las aguas que éste conducía». Era obligación
establecida con la concesión y no cumplida por la Empresa. Conocía muy
bien el problema pues había servido como Ingeniero en ella y explicaba la
conveniente distribución de las aguas a fin de que alimentaran éstas los
campos de cereales y no faltase a las fábricas ni a la navegación, y cómo
se lograría un mayor caudal persiguiendo severamente las desviaciones
arbitrarias que de los afluentes del río Carrión hacían los pueblos, etc.

Es un escrito razonado, con alteza de miras, que años después hu-
biera entusiasmado a Joaquín Costa. En marzo de 1878, Cárdenas, que
segua o fué otra vez Director General de Agricultura, Industria y Comer-
cio, volvió a recibir nuevo escrito de Echánove insistiendo en el anterior.
Eran ya diez años de pertinaz sequía y «el viejo agricultor castellano»,
como el se decía, dirigíase a los poderes públicos «casi arruinado por las
malas cosechas». Nada consiguió. No fueron más afortunados sus escritos

que otras manifestaciones que desde 1875 formularon en el mismo sentido los labradores propietarios de las márgenes del Canal de Campos, quienes ofrecían pagar elevado canon por cada obrada que regasen. Además de la navegación y del servicio a las fábricas adjuntas al Canal, no destinaba éste sus aguas a otros riegos más que al del arbolado próximo a sus márgenes. Era tan difícil entonces luchar con las grandes empresas...

Nada bastaba para los gastos enormes originados por las obras y los pleitos de la Nava. Tuvo que vender Echánove su gran posesión de Dueñas para invertir en aquéllos el precio. Y la vendió con un gesto noble de simpático desprendimiento. Había ya dividido con su condueño los bienes que conjuntamente adquirieran allí y que antes de la desamortización pertenecían al extinguido Monasterio. El edificio de éste, que no tenía más que valor en venta, tocóle en suerte a Echánove. Pudo venderlo a la Compañía de Ferrocarriles del Norte que, tratando de montar sus imprescindibles talleres—luego establecidos en Valladolid—encontraba ventajoso instalarlos desde luego en un magnífico inmueble, tan sólidamente construído, e inmediato a la estación de Venta de Baños, punto de bifurcación de las líneas. Al mismo tiempo un acaudalado y generoso salmantino, el Sr. Sánchez Tabernero, acariciaba la idea de restablecer en el viejo monasterio una Comunidad. La Compañía de Ferrocarriles hubiera pagado más que el comprador de Salamanca, pero el noble propósito en éste de hacer donación inmediata a nuevos monjes fué decisivo para Echánove, quien veía con gusto que éstos ocuparan lo que antes de la desamortización había sido suyo. Firmó la escritura gracias a lo cual y a la generosidad del salmantino Marqués de Llen, volvió a oírse la salmodia litúrgica bajo las altas bóvedas de la iglesia monástica, que nunca se dedicó a menesteres profanos. De ello cuidó siempre Echánove.

La nueva comunidad es la Orden del Císter, y la Trapa de Dueñas lleva bastantes años ya de estado floreciente.

Y he aquí algunos rasgos del simpático carácter del biografiado.

Era muy madrugador. Cuando estaba en su Granja de «El Pasatiempo» o en el viejo Monasterio de Dueñas se levantaba con el alba. De extraordinaria frugalidad en la mesa y con decidida preferencia por alimentos vegetales. No hacía cena «de tenedor», limitándose por costumbre a un chocolate y algo de dulce. Fumador en su juventud, dejó después el tabaco. Carne de cerdo nunca la comió, ni bebía licores. Jamás estuvo enfermo.

No olvidó el vascuence que aprendiera de niño. No rompía un papel y así se hallaban conservados todos sus escritos y los que recibía.

De optimismo inagotable, a prueba de insistentes desgracias de todo orden. Sobre el grave quebranto de intereses a que le llevó lo arriesgado y audaz de sus empresas difíciles, sin buen éxito, sufrió también los más amargos trances, con prematura viudez y repetidas pérdidas de hijos ya mayores.

No pudo ser insensible a golpes tan duros. Mas por temperamento no se entregaba mucho tiempo al dolor causado por lo irremediable. Aparte de la resignación cristiana, sabía luego encontrar fuerzas para sobreponerse a las penas, absorbido por la intensa actividad de su vida, tan llena de ocupación como de ilusionadas esperanzas. En cuanto a las inevitables contrariedades cotidianas surgidas en sus asuntos y negocios, reaccionaba siempre intentando superarlas por todos los medios humanos posibles dentro de su absoluta honradez y su caballerosidad intachable. Fueron incontables los recursos, denuncias y pleitos y reclamaciones que hubo de mantener tantos años como concesionario de la desecación de La Nava. Y cuando era vencido por circunstancias superiores a su férrea voluntad de vasco, tenía una filosófica resignación, expresada al final de su larga vida con esta frase: «Por asunto que no tuviera ya arreglo en este mundo nunca me preocupé más de un cuarto de hora...».

En cuanto a política, era sinceramente liberal, con un liberalismo ingenuo y optimista que llegaba a lo utópico, pero nunca intervino en la apasionada lucha de los partidos. La actividad de la política con sus enredos, compromisos y bajos menesteres, le repugnaba. Si hubiese sentido vocación por ella, su título de Ingeniero, sus conocimientos vastos y las relaciones profesionales tan directas que personalmente mantuvo algún tiempo con Sagasta, le hubiesen dado ocasión segura para «hacer carrera» en el campo político. Lamentó las guerras civiles, añorando para sus queridas provincias vascas el viejo régimen patriarcal en que él había allí vivido y anhelaba el desarrollo de todos los adelantos en un ambiente de paz y de trabajo que uniera por completo a los vascongados. Paz y Fueros. Era de los que creían —ilusos— que perdida la causa de D. Carlos podía, sin embargo, salvarse el régimen foral. Y ni les cabía pensar siquiera que éste pudiese nunca quebrantar, en lo más mínimo, la unidad política de la Monarquía Española, de la Patria indiscutible. Reflejo exacto de la postura política de Echánove es una carta que él recibió, pudiendo lo mismo haberla escrito. Fechada en Madrid el 4 de Septiembre de 1839, resulta do-

cumento interesantísimo por referirse el momento en que llegó a la Corte la noticia del abrazo de Vergara. La firma T. de Areitio, un buen amigo de Echánove, vascongado como éste, con familia en Durango, Ingeniero también, y destinado en la Dirección General de Caminos, Canales y Puertos, cuyo membrete encabeza el pliego en el cual se lee: «...yo tengo el desconsuelo de no poder tomar parte en las públicas demostraciones de regocijo a que se ha entregado todo el mundo ayer y hoy; desde las 4 de la tarde hasta las doce de la noche estuvieron repicando; la iluminación muy general; una comida de 140 cubiertos que improvisaron los Diputados y Senadores en el que el primer brindis fué por los Generales Maroto y Espartero, con lo demás que verá Vd. por los periódicos. Nuestros locos paisanos, hoy van con tamboril a Palacio y no dejan de pasar otras músicas y multitud de gente en todas direcciones; yo me he contentado con subscribir para los gastos: pues el Jefe se ha empeñado en enviar los Presupuestos Generales que se han de presentar a las Cortes en toda la semana y estamos trabajando... Todos los vascongados de aquí vamos a representar pidiendo los Fueros. Gusti ac bat, viva la Paz y la reconciliación, llevan escrito en sus banderas los que han ido a Palacio...».

Cuando Echánove cumplió 85 años de edad, conservando clarísima memoria, pensó que podía contar cosas interesantes pues tan llena de acontecimientos estaba su vida. Y empezó una autobiografía que pronto dejó interrumpida. Su título era: *Apuntes que podrán servir para la historia de Don F. A. de E. y E.* Y en efecto, se han utilizado para este trabajo. Pero al limitarlos estrictamente a sus actividades pierden buena parte de interés. Hubiera sido éste muy grande si hubiese llegado a referir no sólo cosas personales suyas, sino cuantos sucesos históricos había presenciado él, que era ya un mocito cuando se dió la batalla de Vitoria y que recordaba perfectamente los sucesos vistos en Madrid en el famoso 7 de Julio de 1822, etcétera. Lástima también que esos apuntes empiecen por su ingreso en la Escuela de Ingenieros de Caminos, etc., sin referencia a los años decisivos de su formación en el Real Seminario de Nobles de Vergara.

Nada revela tanto la personalidad de un individuo, su cultura, sus preferencias y aficiones como la biblioteca que le pertenecía y manejó. La de Echánove tenía un catálogo hecho por él, como manifestación de lo ordenado que era, en el cual catálogo aparecen los libros distribuidos por materias en sus distintos armarios y estantes.

Muchos fueron heredados de sus ascendientes. Entre los numerosos de matemáticas hay obras de 1725 y 1757. De la «Varia Conmesuración», de Juan de Arfe, tenía dos ediciones del XVII. El «Viaje por España», de Ponz, y otros también de viajes, así como obras curiosas del siglo XVIII; «Discurso sobre la Educación popular de los Artesanos» (1775); «Curiosidades de la Naturaleza y el Arte» (1735), etc. Muchas obras de Ingeniería,

naturalmente, pero en esta materia son de notar las monografías de carácter práctico y folletos utilizables adquiridos muchos de ellos sin duda en sus viajes por el extranjero; «Materiales que deben emplearse para la construcción de caminos» (Circular a los Prefectos de Francia); «Puente de fundición de Carrousel», «Camino de hierro de St. Etienne a Lyon», «Histoire du Canal de Languedoc», «Le Canal de St. Denis», «Construcción de túneles», por Fontanery; «Instrucción para el servicio de los Ingenieros Geógrafos de Francia», «Puentes tubulares de palastro», por L. Yval, etcétera, etc. Seguía al día las obras públicas españolas. «Observaciones sobre el proyecto de nuevo puerto de Barcelona», «Proyecto de mejora del nuevo puerto de Santander», «Memoria sobre la navegación del río Tajo», «Proyecto del Canal de Isabel II» (1852), «Memoria descriptiva del ensanche de San Sebastián», «Proyecto de conducción de aguas a Madrid», «Proyecto del canal de Córdoba a Sevilla», etc. De Física, Química y Mecánica eran la mayor parte de sus libros. Algunas obras son traducciones suyas. Así «Arte práctico del Carpintero», «Ensayo de perspectiva práctica», «Memorias de Perronet», «Curso de construcción» y otras. La colección de libros de agricultura resulta de las más abundantes. Buena parte de la biblioteca era francesa. Ni faltaban, además de la Biblia, obras escogidas de religión. Hay varias de Balmes. Las de Jovellanos. Los libros de Historia no eran muchos, pero seleccionados. Mucha Geografía y viajes. Lo que menos hay es literatura: Cervantes, Moratín, el P. Isla. No podía faltar la Constitución Política de 1812. Y un «Arte seguro de vivir muchos años con salud» que, sin duda, puso él en práctica, y debía de ser acertadísimo.

Será certera la ironía de Menéndez Pelayo («Historia de los Heterodoxos Españoles») al criticar la filantropía de Campomanes y demás economistas del XVIII, quienes, según dice aquél, «creían cándidamente, con simplicidad colombina, que con sólo repartir cartillas agrarias y fundar sociedades económicas iban a brotar como por encanto prados artificiales, manufacturas de lienzo o algodón y compañías de comercio». pero preciso es reconocer que, entrado ya el siglo XIX, cambió el panorama. Cuando llegó la generación bien preparada a la que perteneció Echánove hubo una seria actuación con eficiencia. No se trataba ya de puros teorizantes sino que intervino un nuevo elemento que resultaba decisivo: la técnica profesional, los positivos adelantos de la ingeniería y de la ciencia aplicados en la práctica.

Aquella *Sociedad Económica Vascongada de Amigos del País*, al exponer en sus Estatutos el programa de los amplios propósitos que ambicionaba descendió a minuciosidades muy simpáticas por concretas, pues llegaba a

propugnar el análisis de tierras, determinación de cultivos, abonos y arados, mejoramiento de ganados, higienización de viviendas, construcción y conservación de caminos y explotación de minas y terrerías». Exactamente todo cuanto Echánove estuvo haciendo de modo incansable durante su larguísima vida, tan dinámica. Quiso fervorosamente transplantar a Castilla todo el espíritu de la *Real Sociedad Vascongada de Amigos del País*. Y nada más a tono con el propósito de ésta que extender su benéfico influjo por el resto de la nación, fuera de las provincias vascas. Recuérdese que en septiembre de 1788, en el discurso de apertura de las Juntas generales de aquella «Sociedad vascongada» que correspondió celebrar en Vitoria dicho año, decía su Presidente, Conde de Peñafiorida: «Haced, en fin, que a esfuerzos de nuestro ardiente celo y amor a la Patria, el Colegio Vascongado de Vergara sea el luminar mayor que llene de luces a todo el Reyno, y un inagotable manantial de sabiduría que con sus copiosos raudales inunde felizmente a España... (2 bis) ¡Cuán lejos tan nobles propósitos de la menor tendencia de separatismo!

En cuanto a heterodoxia, ya Julio de Urquijo y Ballesteros Beretta, dejaron sentado que la Real Sociedad Vascongada de Amigos del País, con San Isidro y San Ignacio de Loyola por patronos y misa antes de celebrarse sus Juntas matutinas, nada tenía por sus Estatutos de irreligiosidad. Ni tampoco fué laica—aunque otra cosa dijera Menéndez Pelayo—la enseñanza en el Real Seminario vergarés, donde llegó a haber directores sacerdotes. Qué se incrustaran allí, en alguna ocasión, ciertos elementos era inevitable. Nada digamos de la pueril interpretación de signo masónico que D. Vicente de Lafuente atribuyó a las tres manos enlazadas, simpático emblema del Irurac-bat, con el que tan familiarizado estaba D. Francisco de Echánove, pues hasta figuraba en todas las piezas de una hermosa vajilla que él conservó heredada de sus padres.

La formación tan característica que tuvo, y que podía calificarse de «postcarlostercerista», no fué sólo por su educación durante varios años de Caballero Seminarista en Vergara, sino recogida como herencia en el ambiente familiar. Su vida fué, en algunos aspectos, continuación de la de su padre D. Manuel de Echánove Arzúbia, reputado ya en tiempo de Carlos III como Ingeniero y amigo del famoso Arquitecto D. Ventura Rodríguez (no estaban suficientemente deslindadas entonces ambas profesiones). Trabajó D. Manuel de Echánove intensamente en el último tercio del siglo XVIII y principios del XIX. Fué quien en 1787 recibió encargo de

(2 bis) «La Real Sociedad Vascongada de los Amigos del País en sus relaciones con Suecia», por Manuel Laborda. («Boletín de la Real Sociedad Vascongada de Amigos del País». Año IX-Cuaderno 3 °).

construir el trozo entre Burgos y Alava del Camino Real de Francia, importantísimo entonces. Publicada está ya la historia y descripción de aquella transcendental obra (3), hecha rápidamente con verdadera esplendidez, y los más avanzados adelantos y novedades de la época, como la instalación de una brújula para orientación de viajeros en el alto de Rodilla, que desde entonces quedó con el nombre de *Alto de la Brújula*.

Anterior, y de la misma familia, hubo otro D. Francisco Echánove, de igual profesión, cuyo nombre también ha quedado. Existe aún entre el país vasco y la provincia de Burgos un sencillo monumento, en forma de obelisco, que señala el «Confin de Castilla y Alava», como sobre él se lee. En dos de sus lados, que miran hacia una y otra provincia, pusieron para historiar la construcción de los caminos que allí se juntan, sendas inscripciones terminadas con el nombre del respectivo Arquitecto—hoy diríamos Ingeniero—que llevó a cabo las obras (4). Y son éstos D. Francisco Echánove, por el lado de Alava, y D. Manuel Echánove, por el lado de Burgos. Resulta así recordada una antigua familia en la que predominaron Ingenieros, con actuación arraigada en el país vasco y en el norte de Castilla.

Hasta cerca de 98 años de edad paseó nuestro biografiado su figura noble—elevada estatura y grandes patillas blancas—por las calles de Burgos, tan sano y fuerte, que causaba asombro general, y él no dudaba en cumplir el siglo. Ya tenía proyectado cómo celebraría el centenario. llamando a sus parientes de Vitoria y con solemne función religiosa ante el Santísimo Cristo de la Catedral de Burgos, en cuya festividad—14 de septiem-

(3) Juan Albarelos. - «Efemérides burgalesas». Mes de junio. Día 12. Año 1787. Carretera de Burgos a Vitoria.

(4) Desde el lado de Alava se lee:

EL CAMINO DE ESTE CONFIN / HASTA EL DE GUIPUZCOA / SE CONSTRUYO A
EXPENSAS / DE ESTA PROVINCIA DE ALAVA / EMPEZOSE LA OBRA / AÑO DE
MDCCLXV / SIENDO DIPUTADO GENERAL / EL MARQUES DE LA ALAMEDA / CON-
CLUYOSE / EL DE MDCCLXXII / SIENDO DIPUTADO / D. FRANCISCO XAVIER DE
URBINA / SE PERFECCIONO / EN EL DE MDCCXC / SIRVIENDO AQUEL EMPLEO
D. MANUEL DE LLANO / ARQUITECTO / D. FRANCISCO ECHANOVE.

Y la inscripción del mismo obelisco, en la parte hacia Burgos, dice:

REINANDO CARLOS III / AÑO DE MDCCLXXXVII / SE RECTIFICO Y CONSTRUYO
EL CAMINO / DE ESTE CONFIN A BURGOS / SE ACABO LA OBRA / EL AÑO MDCCXCI
REINANDO CARLOS III / A EXPENSAS DE LA RENTA DE CORREOS / SIENDO SUPER-
INTENDENTE GENERAL / DE ELLA Y DE CAMINOS / D. JOSEPH MOURIÑO / CONDE
DE FLORIDABLANCA / DIRECTOR PATRIOTICO / DE LA OBRA / D. PEDRO JACINTO
DE ALAVA / ARQUITECTO / D. MANUEL DE ECHANOVE.

